

SECCION DOCTRINAL (1)

MOISÉS ANTE LA FILOSOFÍA Y LA HISTORIA.

Grande, bello y fecundísimo es el tema que intento brevemente desenvolver cuanto me lo permitan el ingenio tardo, la erudicion escasa, la ciencia liviana, y hasta el brevísimo tiempo de que puedo al efecto disponer. *Moisés ante la filosofía y la historia*, es un asunto digno de aquellos ingenios capaces de abarcar y comprender en su profunda mirada los grandes hombres y su accion é influjo sobre la humanidad; y Moisés es grande entre los grandes, y su obra solo á otra es inferior, más esta no es la obra de un simple mortal. *Moisés ante la filosofía y la historia*, es un tema digno de que juntos le desarrollaran Balmes y Bossuet; cualquiera otro no estará en la altura conveniente; el que esto escribe apenas puede bálbupear alguna idea comun y hasta vulgar entre los doctos. Atrévime con todo á elegirle para asunto de este discurso, porque á ello me creí casi obligado por su íntima relacion con mis anteriores estudios. Dicho esto, en atencion de mi temeridad, entraremos desde luego en materia.

En otro lugar, ante otra facultad científica de fuera de España y hasta de nuestra patria misma, el tema propuesto podria significar: apreciacion de la persona y escritos de Moisés mediante la crítica filosófica é histórica; y se pediria quizá al candidato y se le aplaudiria, si apoyado en cualquier sistema filosófico de ultra-Rhin, ó en esa crítica histórica mal llamada independiente, porque depende toda

(1) Hoy damos de aumento cuatro páginas de lectura.

entera de prevenciones racionalistas é incrédulas, concluyese que Moisés no es el autor del Pentateuco, que á lo más se le deben los preceptos sinaíticos, que su obra se limita á guiar á su pueblo en la salida de Egipto, y que todo lo demás es mitológico y legendario. Mas este no me parece el significado del tema elegido, porque no es propio de la facultad, y porque en este sitio no ha llegado á dominar por ventura el furioso vendabal de incredulidad y materialismo hoy tan pujante. Por eso entiendo, si no me engaño mucho, que lo que se me pide es una exposicion de las doctrinas filosóficas que se encierran en los escritos mosaicos, y que aprecie en su justo valor los méritos históricos, los servicios prestados á la historia universal por los libros de Moisés. Tal creo la significacion del tema propuesto, á pesar de que el Pentateuco no es una obra propiamente filosófica en el sentido clásico y escolástico de la palabra. Mas tampoco lo son los libros de Confucio, ni los Vedas, ni el código de Manú, ni el Avesta, ni los papiros é inscripciones que se desenterran en Egipto, ni los más antiguos monumentos de la civilizacion latina y etrusca, ni el Edda de los escandinavos; y sin embargo, á ellos acude el historiador de la filosofía, y esos documentos son los que aprovecha bajo el tema de filosofía india, china, persa, latina, etrusca ó escandinava. La forma es una cosa y otra el fondo; si eso mismo que en forma de investigacion y discursiva trataron las escuelas indias y griegas y tratan los sistemas modernos, se encuentra expuesto en una narracion, en un himno, en una biografia, en una ordenanza, en un diálogo; allí hay filosofía, allí se pueden y deben estudiar las ideas filosóficas de un pueblo. ¿Qué pensaba, pues, el legislador de los hebreos en orden á las grandes cuestiones que agita la filosofía contemporánea? Esta creo que es la cuestion, prescindiendo de formas, y dejando á un lado á los que, como el poco famoso Renan, niegan á los hebreos la facul-

tad de filosofar, por no sé qué peculiar constitucion, intelectual suya, y por la imposibilidad en que, segun dice, les encerrabá su lengua, absolutamente inepta para la especulacion filosófica. Para la especulacion á la griega, enhorabuena; para tener ideas fijas, terminantes, profundísimas, en lo que forma el vasto campo de la filosofia, es lo que sómeramente vamos á ver, dejando para despues la exposicion de los servicios prestados por Moisés á la Historia.

Ante todo, la teologia mosaica es sublime, y solamente la cristiana la pudo en algo perfeccionar sin contradecirla en lo más mínimo. Ciertamente es que la lengua acaso, la condicion sensual y materialista de un pueblo poco culto, ó para decirlo con sus palabras, *de dura cerviz y corazón incircunciso*, la forma pintoresca de la expresion, hacen á Moisés expresarse al uso humano, aun hablando de Dios, pues lo esencial era que su pueblo le entendiese; pero estas formas poéticas y pintorescas no pueden tomarse á la letra sin ponerse en abierta contradiccion con el mismo Moisés. El aborrecimiento que tiene Dios al pecado y los castigos que por él impone son, por ejemplo, pintados por Moisés como ira, indignacion, furor de Dios, el resoplido de su nariz; y le hace decir que *levantará su mano á lo alto y dirá: ¿vivo yo eternamente?* y el mismo Moisés le pide que le deje *ver su faz*, y logra al fin *ver su dorso*; mas todo esto es con toda evidencia figurado y poético, á la manera que el gran Linneo decia despues de una diseccion, en que tanto admirara la sabiduria del Autor de la naturaleza: he visto á Dios por la espalda. Mas la espiritualidad de Dios está expresamente enseñada por Moisés en aquel pasaje en que gravemente inculca á los hebreos que Dios no tiene figura corporal, y les prohíbe hacer imágenes ó representaciones materiales de la Divinidad (1): *Guardad con cuidado vuestras almas, pues nin-*

(1) 5 Mos. 4, 15.

guna figura visteis en el día en que Jehovah os habló de en medio del fuego; y así no os corrompais, ni os hagais escultura ó imagen alguna de varon ó hembra ó animal. No muestra Dios su faz á Moisés, es decir, no se le da en intuición inmediata y perfecta, que se reserva para otra vida mejor; pero allí en la cima del monte le dá de sí clarísimo conocimiento, con el cual Moisés ve el dorso de Dios, ó sea ese claro conocimiento posible en la tierra, que hace á Moisés exclamar (1): «Jehovah, Jehovah, fuerte, misericordioso y piadoso, tardo para la ira y grande en misericordia y verdad; que guarda la misericordia para millares y perdona la iniquidad, la rebelion y el pecado, y que de ningun modo justificará al malvado; que visita las iniquidades de los padres en los hijos, y los hijos de los hijos, en los terceros y en los cuartos.» Aquí está poética y magníficamente descrita la potencia infinita, y la dulce Providencia de Dios, clemente siempre con el pecador arrepentido, é inexorable con el pertinaz y con todos los que se hacen partícipes de su malicia.

No hace muchos años que uno de los corifeos que tiene en España la escuela de filosofía más presuntuosa del universo, afirmó en ocasión solemne y publicó bajo su firma, que hasta Sócrates no se había conocido la unidad de Dios. Pocas veces hablan en español claro y correcto los hombres de esa escuela, y cuando lo hacen bajan miserablemente del alto pedestal en que gustan morar, hasta el suelo comun por donde andan los simplés mortales, y no pocas veces hasta el fango del absurdo. Y absurda y mucho es la enunciada afirmación. Porque, aun prescindiendo ahora del monoteismo de Sócrates, incompatible con lo que él mismo dijera en su apología, tal cual Platon la trasmitió, y con el encargo hecho á sus amigos de que inmolasen un gallo á Esculapio, y con la costumbre suya,

(1) 2 Mos. 34, 6-7.

recordada por Xenofonte, de hacer sacrificios á los dioses patrios; prescindiendo ahora de todo esto, porque no es de este lugar, es cierto que diez siglos ántes de Sócrates habia dicho Moisés (1): *Oye, Israel, Jehovah, Dios nuestro, Jehovah uno.* Y en otro pasaje (2): *Ved ahora que yo soy Aquel, y no hay dioses conmigo: yo hago morir y yo hago vivir, yo hiero y yo curo, y no hay quien pueda librar de mi mano.* Y aunque habla de otros dioses, lo llama así, según el uso de las gentes, como lo hacemos nosotros, pero no reconoce en ellos divinidad. «*Despertáronle á celos, dice (3), con los dioses ajenos, ensañáronle con abominaciones, sacrificaron á los diablos y no á Dios.*» En suma, no hay quien haya leído el Pentateuco con mediana atención, que no esté convencido del monotheismo mosáico, fundamento de toda la constitucion teocrática hebrea; y hasta es ya una antigualla la idea de que el Jehovah y el Elohim de Moisés no sean el mismo Dios, idea con la cual quisieron algunos críticos atacar la autenticidad del Pentateuco. A Dios le designa Moisés con diversos nombres; pero el de Jehovah es el propio, y representa admirablemente la esencia metafísica de la Divinidad, que consiste en ser el sér por esencia, el sér absoluto. *Yo soy el que soy: así dirás á los hijos de Israel: Yo soy, me ha enviado á vosotros* (2 Mos. 3, 14).

La inteligencia suma de Dios la expresa Moisés en la historia de la creacion con aquella fórmula con que termina la obra de cada dia ó período: *Y vió Dios que era bueno; y al final: Y vió Dios todo lo que habia hecho, y era muy bueno.* La ciencia de Dios se extiende á todo, pasado, presente y futuro; y así Moisés profetiza inspirado por Dios, y refiere otras profecías que se cumplieron á su

(1) 5 Mos. 6, 4.

(2) Ib. 32-39.

(3) Ib. 16-17.

debido tiempo, y por ningun medio humano se podian conjeturar.

El poder supremo y voluntad omnipotente de Dios se muestran espléndidamente en la historia de la creacion, con tanta sencillez y tan simples formas referida. *Y dijo Dios: haya luz, y hubo luz... Haya lumbreras en el firmamento... y fué así... Produzca la tierra seres vivos segun su género... y así sucedió* (1). Ni se puede dar mayor sublimidad, ni tampoco mayor sencillez. Bien parece que Moisés conocia que no era para Dios trabajo extraordinario criar el mundo, en cuya historia solo emplea un capítulo pequeño. ¿Cómo lo hubiera hecho un autor griego, un indio, un árabe, ó un académico moderno?

La inmutabilidad divina está gallardamente manifiesta en aquel dicho de Bilaam que nos conservó Moisés (2): *No es Dios hombre para que mienta, ni hijo de hombre para que se mude: Él dijo ¿y no hará? habló ¿y no lo ejecutará?* En todo el Pentateuco campean la santidad, la bondad, la veracidad, la justicia de Dios y su paternal providencia, que Moisés compara á la de un padre que cria y educa afanoso y cariñoso á su hijo; al águila que despierta su nidada, revolotea sobre sus pollos, extiende sus alas, los toma, los lleva sobre sus plumas.

Verdad es que no deduce ni explica al por menor todas las perfecciones divinas; no sutaliza como un teólogo ó un filósofo de profesion; no mide las palabras para expresar sus conceptos con precision filosófica; antes al contrario, la imagen material, la pintura viviente, la palabra pintoresca y como vibrante; son su forma habitual de expresarse; pero esto no nos hace al caso: ya está dicho que su libro no es un tratado científico, no es una disquisicion metafísica, no es siquiera un libro de filosofía, aunque

(1) I Mos., 1, 3 y siguientes.

(2) IV Mos., 23, 19.

contiene mucha, y alta, y primorosa y sublime filosofía.

Tenemos, pues, en los escritos mosaicos la existencia de un solo Dios, incorpóreo, inmutable; sér por esencia, y por lo tanto eterno, adornado de toda perfeccion, sapientísimo, omnipotente, pródigo, bueno, misericordioso, justo, señor de la vida y de la muerte, del cual sin embargo no procede el pecado, porque «su obra es perfecta, porque todos sus caminos son rectitud; Dios de verdad y ninguna iniquidad en Él, justo y recto. La corrupcion no suya; á sus hijos la mancha de ellos, generacion torcida y perversa,» como dice el mismo Moisés en su cántico parenético (1). Él es el Criador del mundo y del hombre, y por consiguiente el único legislador, cuya voluntad es el bien, y practicándola es como todas las cosas cumplen su destino y alcanza el hombre su perfeccion.

Teología semejante no teme ponerse en comparacion, no diré ya con el monstruoso panteismo oriental, con el dualismo persa, con el insípido deismo chino, con los raros fulgores de sabiduría esotérica que revelan de vez en cuando las inscripciones y páginas del Egipto en medio de la abyecta supersticion popular, sino con los maestros de la sabiduría helénica, con Sócrates, y Platon, y Aristóteles, por no citar sino á los más preclaros; y aun pudiera llegarse más acá en la historia de la filosofía, y comparar el monotheismo de Moisés con los engendros de todos los filósofos modernos que, desdeñando las enseñanzas antiguas, se han dado á crear sistemas de su propia invencion, y han llegado á negar á Dios, ó su providencia, ó su libertad, ó le han confundido con el universo, ó al menos han hecho á éste de naturaleza divina, coeterno y consubstancial con Él. Repito, pues, que á la teología mosaica, solo la cristiana la supera en perfeccion, sin oponérsele en lo más leve; y respecto á las teologías antiguas y á los

(1) V Mos., 32, 4.

sistemas filosóficos gentiles, brilla entre todas ellas com o la luna entre los astros menores, segun dice el poeta.

Mas antes de pasar á otro punto, convendrá que nos hagamos cargo de dos acusaciones harto vulgares entre los racionalistas, respecto á la idea de Dios que aparece en el Pentateuco. Una de ellas consiste en afirmar que el Dios de Moisés es, por una parte, una divinidad feroz, que castiga implacable cualquiera defecto, é imputa los pecados de los padres á los hijos hasta la tercera y cuarta generacion, y por otra de miras tan imperfectas y materiales que no sabe otro medio de conducir al hombre á la virtud que el de proponerle premios, y premios materiales, como tener muchos hijos, vivir largos años, poseer una tierra abundante y dominar á sus enemigos.

Mas la bondad, la misericordia, la providencia paternal de Dios brillan en todas las páginas del Pentateuco, de lo cual he alegado ya un precioso pasaje. Pero debe tenerse en cuenta que no es Moisés como un filósofo utopista, que, concebido un ideal, le propone en seguida á los hombres y naciones, sin considerar antes si ese ideal corresponde ó nó al carácter, costumbres, cultura y estado social de los que son invitados á adoptarle y seguirle. El pueblo para quien legisla y á quien adoctrina Moisés, no es siquiera un pueblo; es una multitud de esclavos encorvados largos años bajo la tiranía egipciaca, pueblo por consiguiente material y grosero, del cual nada absolutamente hubiese podido sacarse, si solo se le hubiese hablado en nombre del deber, si se le hubiese propuesto la famosa máxima de *el bien por el bien*. Moisés tenia que formar un pueblo con una multitud servil y embrutecida en la esclavitud; era, pues, necesario hablarle de un modo comprensible para él y adecuado á su carácter; por eso el castigo y el premio son su recurso ordinario y habitual, y todavía la rusticidad y abyeccion de aquella gente fué tal, que apenas se comprende en ocasio-

nes, y el mismo Moisés se lamenta de tener que regir á un pueblo *de dura cerviz y corazon incircunciso*. Por lo demás, el castigo de los hijos por los padres, procede del género de premios y castigos, únicos capaces de contener á pueblo tan grosero; porque claro es que, si en castigo de sus iniquidades, Dios les enviaba la peste, el hambre, la guerra, la cautividad bajo el yugo de sus enemigos; semejantes castigos abrazan á todos, aun á los que no dieran motivo para ellos, ni tal vez hubieran nacido: es un caso de solidaridad nacional, á que nos tiene bien acostumbrados la historia contemporánea.

La segunda acusacion es aun más infundada, y consiste en afirmar que el Dios de Moisés es un Dios meramente nacional, favorecedor de Israel, como á los otros pueblos patrocinaban respectivamente sus dioses nacionales. A este propósito suele citarse la embajada de Jephthé á los ammonitas que se habian enseñoreado de parte del país. «Jehováh decía, echó á los amorreos delante de Israel ¿y lo has de poseer tú? Si tu dios Chemós te echase alguno (esto es, si derrotases algun pueblo y le conquistases con auxilio de tu dios) ¿no le poseerías tú? Así poseemos á todo aquel que echó Jehováh nuestro Dios de delante de nosotros (1). La argumentacion de Jephthé no deja de ser peregrina, aunque seguramente incontestable por parte del rey ammonita en aquellos tiempos; vale tanto como justificar el derecho de conquista. Pero á nosotros no nos hace al caso por ahora (2), puesto que Moisés no es responsable de las opiniones de un militar hebreo dos ó tres siglos posterior. Y está dicho ya que Moisés no reconoce divinidad alguna en los dioses de los gentiles, á los cuales, como vimos, llama demonios, y atribuye á Jehováh exclusivamente los atributos de la divinidad. Ciertamente le

(1) Juez. 11, 12...

(2) Véase nuestro *Manuale isagogicum*, núm. 112.

llama Dios de Israel, pero esto solo significa la eleccion peculiar de aquel pueblo para los fines altísimos que tan magistralmente supo patentizar Bossuet en su famoso é imponderable *Discurso sobre la Historia universal*. Por eso, esta misma eleccion se hace en servicio de todos los demás pueblos, y Moisés no dejó al suyo ignorarlo. Por cinco veces lo ménos refiere Moisés el motivo y fin de la peculiar eleccion de Abraham y su descendencia: *para que en ella fuesen benditas todas las naciones de la tierra*, porque *todo es suyo*, como expresamente dice Jehovah (2.19,5-8); y así el nombre mismo que adopta de *Dios de Abraham, Isaac y Jacob*, lejos de implicar exclusion alguna, recuerda más bien el derecho de todos los pueblos á la amistad de Dios, á la redencion, á los favores divinos. Poco nos importa que el orgullo nacional llegara posteriormente, y en especial en los últimos tiempos de aquel pueblo, á excesos irracionales y reprehensibles: ellos desconocieron el espíritu de las instituciones mosáicas, y nosotros solo de estas estamos tratando. Tenemos, pues, descartadas las dos principales acusaciones que se hacen á la teología mosáica inmensamente superior; repito, á la de todos los pueblos antiguos y á la de todos los filósofos paganos, sin excluir á Platon, Aristóteles, Ciceron y Séneca, por no citar muchos más.

Cuanto á la cosmología racional, Moisés tiene en la antigüedad un mérito que le pertenece exclusivamente, y le coloca en una altura á la que jamás llegó sabio ni filósofo alguno. Ese mérito consiste en la explicacion que da del origen del mundo, piedra de toque de los sistemas filosóficos. Aunque no hubiera escrito más que el primer verso del Pentateuco, la filosofía le deberia eterna gratitud por haberla orientado en el punto quizá más trascendental, puesto que un error en ese punto implica forzosamente una infinidad de otros errores y absurdos, que bastan para hacer rechazar todo un sistema filosófico. *Al principio crió*

Dios los cielos y la tierra. ¿Quién puede apreciar toda la importancia y fecundidad filosófica de este principio? No me empeñaré yo en sostener que la palabra בְּלֵאָנִי significa de suyo y siempre crear de nuevo y sin materia ú objeto preexistente; pero esto significa en el caso actual y en la intencion de Moisés, como lo acredita el uso diferente que hace de este verbo y del que propiamente significa hizo, arregló, modeló, עָשָׂה , empleando este último despues de referir el acto propiamente creador, y aquel solo en tres casos: al hablar de la creacion primitiva de la materia ó sustancia del mundo, y al hablar de los animales y del hombre, sin duda porque en aquellos y en éste hay una cosa que no puede proceder de la materia anteriormente criada, cual es el principio vital y el alma racional. Así es que el pueblo hebreo siempre entendió de esta manera la creacion mosaica, teniendo sobre este punto fundamental ideas infinitamente superiores á las del pueblo de Platon. Por eso, cuando los Reyes de Siria, descendientes de Alejandro, cometian con los hebreos atrocidades de brutal tiranía para apartarlos de sus creencias religiosas, una madre, que presenciaba el martirio de su hijo, le animaba en estos términos: «Pídote, hijo mio, que mires al cielo y la tierra y cuanto en ellos hay, y entiendas que Dios lo hizo todo de la nada (1).» Esta fé clarísima de la pobre madre en la creacion real y verdadera, ó sea creacion sin materia ni nada preexistente, y debida solo á la voluntad omnipotente de Dios, de la narracion mosaica procedia; esa inteligencia le dió siempre el pueblo hebreo, porque eso quiso decir Moisés. De la misma narracion se desprende que el acto de la creacion fué por parte de Dios un acto voluntario, no exigido por la intrínseca naturaleza divina. «Todo lo que quiso Jehovah lo hizo en los cielos y en la tierra, en los mares y en todos los abismos.» (S. 135.)

(1) II, Math., 7, 28.

En el principio crió Dios los cielos y la tierra: con estas pocas palabras destruye Moisés el panteísmo que inficiona todas las cosmogonías antiguas y la mayor parte de los sistemas filosóficos, áun modernos y contemporáneos; porque el orgullo racionalista no consiente en aceptar sencillamente aquel luminosísimo principio, sin duda por ser de Moisés y no de Platon ó Aristóteles, aunque el pretexto consiste en que no se entiende una creacion propiamente tal, con otros áun más fútiles é insignificantes, que apenas pueden poner en compromiso el ingénio áun no maduro de un escolar. ¡Como si se entendiera mejor el acto de Brahma al despertar de su sueño divino, ó la eternidad de la materia de Platon y Aristóteles, ó la eterna peregrinacion y transformacion de la idea de Hegel, ó la creacion del mundo de la misma sustancia de Dios, de Cousin; ó la identidad absoluta de Schelling, ó la vulgar concepcion de positivistas y materialistas, de que no se aparta gran cosa la teoría de Krause! Con las primeras palabras del Génesis impidió Moisés que el pueblo hebreo llegase nunca á divinizar á la naturaleza, pecado capital en que incurrieron la *antigüedad oriental* y la antigüedad clásica, y es en nuestros días abiertamente renovado por una escuela filosófica pujante entre nosotros, aunque solo sea con una fuerza amañada y ficticia, no propia del dogma que profesa. Lo que es la divinizacion de la naturaleza, aquel lo comprenderá bien que haya medido la inmensidad del abismo de supersticion y degradacion abyecta y lastimosa en que estuviera sumido el paganismo largos siglos, y del que jamás por sus propias fuerzas se hubiera levantado, á no haberse extendido por él doce pobres hebreos, predicando de nuevo la olvidada doctrina de Moisés por Jesús de Nazareth revivificado.

Con aquel axioma cosmológico echó por tierra Moisés el dogma fatalista, necesaria consecuencia de la eternidad de la materia, entiéndasele como se quiera; pues ni aun

en nuestros tiempos, en que tan alto culto prestamos todos á la libertad, pueden excusar el fatalismo los que no admiten la creacion, sino quebrantando abiertamente los más claros procedimientos de la lógica; testigos son la escuela materialista y positivista, la hegeliana y la que á sí misma se llama panentheista y armónica.

Igualmente condena el dualismo propiamente dicho, puesto que la naturaleza es la obra voluntaria de Dios y no su rival; en Él, y por Él y bajo Él subsiste, sometida en todo á su voluntad soberana como obra suya. Las escuelas pantheistas modernas que rechazan la creacion so pretexto de dualismo, confunden voluntariamente los conceptos más simples en beneficio de sus sistemas; pero la distincion real y verdadera, esencial y sustancial entre lo finito y lo infinito, no constituye un dualismo sino cuando se admitiese la independenciam de origen de lo finito respecto de lo infinito. *Nadie dá lo que no tiene*, es un axioma de la escuela y del sentido comun, y Dios que crió el universo, posee por una manera eminente y perfectísima todas las perfecciones de este; mas esto no significa que el universo sea de naturaleza divina, como dice Sanz del Rio, porque la naturaleza de Dios es necesaria y absolutamente inmutable é incommunicable. Hay aquí algo que la razon humana no alcanza á comprender, lo cual nada tiene de particular; pero no estamos en pleno absurdo, como las filosofías pantheistas ó panentheistas, que hacen de la naturaleza divina algo que es á la vez mudable é inmutable, simple y extenso, eterno y temporal, finito é infinito. Inútil seria detenernos más en estudiar la importancia y fecundidad de la idea de la creacion enseñada por Moisés; ella lo ha sido admirablemente por el P. Ráulica en su libro sobre *La Creacion*, harto más profundo y sustancial que los que hoy son tan preconizados por las sectas racionalistas, y lastimosamente recomendados y puestos en manos de la inexperta cuanto generosa juventud.

Y este es el punto principal de la cosmología racional, al que añade Moisés la doctrina de la perfeccion relativa de la obra de Dios, *que era muy buena*, la del destino del mundo de servir á las necesidades y perfeccionamiento del hombre, y la de las leyes naturales, pero no metafísicamente necesarias, como tantos parece que admiten aun hoy en día, sino efecto de la voluntad del Criador, quien al establecerlas, no se despojó del poder de intervenir milagrosamente en el curso y orden de los fenómenos naturales, para fines superiores y dignos de su soberana sabiduría. No es poco lo que se ha criticado á la doctrina mosaica sobre el destino del universo, el que diga que el sol, la luna y las estrellas fueron criadas despues de la tierra *para que luzcan sobre ella*, y sirvan al hombre de medios cronológicos mediante la sucesion periódica de los fenómenos celestes. Mucho habria que decir sobre ello, si este fuera lugar oportuno de dar un comentario científico de la historia mosaica de la creacion. Baste á nuestro propósito decir aquí, que un fin no excluye otro; que si el sol luce sobre la tierra y la vivifica, para ello fué criado *tambien*, además de otros fines con este no incompatibles, que calló Moisés, ó porque no le hacian al caso, ó porque no los conocia.

Más importante, filosóficamente, es la doctrina de las leyes naturales, ó sea la constancia y uniformidad en el obrar de los agentes naturales. Ya al hablar de la creacion de las plantas manda Dios que la tierra produzca: «yerba verde, yerba que dé simiente; árbol de fruto que dé fruto, *segun su género* (1).» De este pasaje saca el distinguido antropologista Frédault la mejor y más sana doctrina de la especie, fundada en la sucesion constante de individuos semejantes por via de generacion, lo cual su-

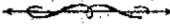
(1) 1 Moís. 1, 11.

(2) Ib. 8, 22.

pone una ley fisiológica. La constancia de las leyes astronómicas está indicada en aquel pasaje del Génesis en que promete Dios que «la sementera y la siega, el frío y el calor, el verano y el invierno, el día y la noche, no cesarán (2).» Ciertamente que estas y las demás leyes naturales son obra del Autor de la naturaleza; ni de otro modo pueden concebirse, de no creer en la eternidad é independencia del universo material, lo cual basta y sobra para hacer justicia del aserto de un famoso racionalista contemporáneo, que niega que los pueblos monotheistas pudieran tener idea de las leyes naturales, porque dice, serian para ellos una especie de divinidades rivales de Dios. Esto es lo que se llama afirmar doctoralmente sin conocimiento de causa; pero con tanto desacierto como audacia y presunción é ignorancia de la naturaleza del asunto. Moisés admite esa especie de violación ó interrupción de las leyes naturales, que llamamos milagro, y refiere no pocos con tales caracteres de verdad, que se puede retar á todos los críticos del mundo á que expliquen la existencia de todos los libros mosaicos sin admitir la existencia real de los milagros que refieren. En esto, como en lo demás, está conforme Moisés con la sana filosofía, que cree en un Dios real y verdadero, vivo, personal y omnipotente, que puede, cuando le plazca, intervenir en el curso y dirección del mundo, como obra suya que es y á su voluntad sujeta. Tales son los puntos principales de la cosmología mosaica, pues el resto de su doctrina sobre el universo pertenece, más bien que á la filosofía, á las ciencias físicas y naturales, y no nos corresponde por tanto estudiarlo en esta ocasión.

(Se continuará.)

FRANCISCO CAMINERO.



VELADA NONA.

INTERLOCUTORES.

- 1.^o—*R.*—Rhetor.
- 2.^o—*M.*—Magister.
- 3.^o—*A.*—Arrogans.

A.—¡Silencio! ¡Expectacion! ¡Grandes nuevas!

R.—No pide más mi oficio. Como todo esté en calma, como la atencion sea profunda y el asunto importante, lo demás es de mi cuenta. Sin embargo, los grandes movimientos no se logran sin pasion en los oyentes. Lograr apasionarlos es la mitad del triunfo.

M.—No obstante, ni muchas letras, ni hábiles recursos, ni buenas formas son bastantes á conseguir victoria segura. Son menester buenas razones, instruccion sólida, claros conceptos, expresion fácil, suave, acento agradable, tono de persuasion y un no sé qué de preciso, enérgico y animoso que entone la palabra.

A.—¡Formas! ¡Formas! ¡Audacia! Al asunto sin miramientos; y el asunto es vencer siempre y vencer sin piedad.

R.—Verdad es que hay oratoria tribunicia y elocuencia patibularia; y aunque sea todo ello un género de retórica, nadie imaginará que un diestro sofista haya de salvar el mundo.

A.—No se trata de salvar ni de perder. Es asunto de arte, y el artista se deleita en la desnudez para dibujar la naturaleza. Lo natural es lo bello, es lo verdadero.

M.—Con su más y su menos. Lo bello es la expresion

de lo verdadero; mas la verdad tiene su recato, sus buenas formas, viste con decoro y se presenta con dignidad sin desatender la elegancia. Las entrañas, como las pupilas de los ojos, han de estar guardadas del aire libre. Al descubrirse se hielan. De modo que no todo lo natural puede ni debe mostrarse.

R.—Cierto. Pero no es menester desgarrar un esqueleto para describirlo con propiedad. Y cuando llegue á tanto la necesidad debe hacerse la autopsia ante personas doctas, facultativas, dignas de oír lecciones graves. Con que maneje el escalpelo, una mano discreta ella sabrá dónde y cómo ha de posar ó herir.

A.—Mucho pedir es á la natural impaciencia y á la fancia incontinente. Y es demasiado pedir al pueblo ansioso de emociones.

M.—Ya está el pueblo en escena. Se pide justamente lo mismo que pide el arte, hijo de la naturaleza. La doctrina se recibe por la enseñanza. Si el maestro no es hombre de bien, ó no sabe explicarse ¿quién ha de ir á su escuela? El *vir bonus dicendi peritus*, es buen retrato del doctor. Pero insisto en que es necesario caudal, fondo copioso, y elegido material para hablar con fruto. Lo demás sería hablar por hablar.

R.—¡Claro es! Poseida la materia, formado el argumento, regulado el plan, á mano los adjuntos, y estudiando las actitudes y movimientos del pueblo, es como el arte despliega su indudable imperio. Le dá prestigio inmenso la prevencion favorable, que fácilmente se cambia en adversa. El menor accidente basta para dar en tierra con una reputacion oratoria.

M.—No sucede así con las reputaciones científicas. Con lucimiento, claro es que alcanzan victoria. Sin él se tiene por una desgracia, no por un demérito que desprestigia. Decimos: ¡Qué lástima! Y de aquí no pasa el buen juicio.

A.—Pues aunque todo el mundo se empeñe en persuadirme lo contrario, siempre estaré en mi tema. ¡Formas! ¡Formas! ¡Imágenes y cuadros! En mi apoyo vienen los resultados. Apenas abre la boca un orador potente, audaz, bello, florido, trágico ó conminador, cuando el auditorio queda subyugado. Es la victoria de la imagen que embelena, y del accidente que arrebatata.

M.—¡Bien dicho! Es victoria de cuadros y visiones; victoria de la imaginacion sobre la imaginacion, no de la razon sobre los ánimos ni del argumento sobre los corazones.

A.—Pero de todo necesitan los pueblos libres. No pueden contentarse con la paz de los esclavos ni con el silencio de los imbéciles. Cuando no habia derechos en ejercicio, se reducía la vida del ciudadano á movimientos de tal modo regulares que semejaban el de las máquinas. Por tanto debe ostentarse la vida civil hablando alto lo que se piensa con libertad. Es necesario improvisar, conmover, sacar del quicio antiguo la sociedad subyugada por las reglas y sometida á la parsimonia del precepto. Sin grandes sucesos que prepara el agitador, y sin entusiasmo patriótico, muere la elocuencia.

R.—¡Cuidado con ese género de elocuencia! Las más veces es la elocuencia del frenesí que siempre improvisa, la del interés que seduce en busca del propio medro, la elocuencia que simula un patriotismo, encanto de los modernos esclavos, y, por fin, sería como el gracejo sarcástico de quien invocara una deidad que detesta, teniéndola por dañosa, y conociéndola insaciable, la abomina. Permitted es al orador excitar y conmover hasta el punto de dominar al pueblo; mas cuando ha logrado traerlo y llevarlo á su placer, debe entonces persuadirle el bien, compadecerlo y considerar que sin buenas causas no hay orador honrado. Tambien le es permitido divertir á otro lado los asuntos peligrosos, fingirse abrumado y aun vencido

por la magnitud de los asuntos, suspender el hilo del discurso; deprecar é increpar; y no es de mal efecto el uso de una ironía delicada. Por ejemplo, pudiera responderse al agresor insolente, al que niega sin fundamento, al que apostrofa acosando con temeridad.—Me confieso enamorado de la cultura del orador, y me doy por rendido ante la vigorosa argumentacion que le es propia.—Con esto quedaria más informado el auditorio, que tratando de desvanecer cada una de las aserciones contrarias. Tal declaracion irónica equivaldría á la refutacion más ingeniosa.

M.—Recurso es del arte semejante arbitrio. Pero es menester descubrir el secreto del arte razonando y demostrando. La sátira, el sarcasmo y la insinuacion acerada son de admirable efecto entre discutidores sagaces; mas el pueblo necesita ver, tocar, sentir y persuadirse con razones de sentimiento. Nada tan á propósito como hacerle conocer que perdió el vestido que le cubria, los pedazos de pan con que se sustentaba, la paz de su casa y familia, la amistad de sus convecinos, y el agrado de los ricos y poderosos desde que unos y otros, el indigente y el acaudalado, olvidaron el catecismo. Valen sobre todas las teorías y más que las predicaciones entusiastas dos lecciones de doctrina cristiana, que pudieran versar acerca de los mandamientos de la ley de Dios y las obras de misericordia. Retratando al prójimo resultarían pintados el avaro, el esplotador, el falso hermano, los cuales no pueden ser buenos ciudadanos; y claro es que el mal vecino excluye el buen abogado.

A.—¡Ya! Si con tales doctrinas no murieran los derechos... Pero no quereis más que esclavos fanatizados. Dad, dad ensanche á los curas, que ellos darán cuenta de vosotros.

R.—; Como siempre y lo de siempre! Vuestra retórica de lugares comunes suena ya á marcha de paso redoblado. ¡Pobreza de invencion! No coñoceis que desde la apa-

ricion del fanatismo revolucionario ha quedado reducido el *fanatismo religioso* á dejarse degollar por confesar á Jesucristo, Hijo de Dios, Redentor del género humano y divino Maestro de las naciones. Acotada esa fecha, no resultan más fanáticos en regla que los mil seducidos ó convenidos en creer que son libres llevando carga insopor- table, y mirando siempre al ceño de un señor descontenta- dizo.

M.—¡Claro! ¡claro! Como que no habiendo caridad ni misericordia, por necesidad han de abundar los desampa- rados y miserables. Lo raro es que los apóstoles de la idea propaguen la especie de una vida material, mecánica, ser- vil en sus motivos y depresiva de la dignidad humana en su misma raíz, sin avergonzarse de llamar fanáticos á los bienhechores del pueblo. Débese probar, y esto se hace sin esfuerzos de ningún género, que no hay paz ni pan donde impera la despreocupacion moderna.

A.—¡Tarea difícil! ¿A qué se deben las creaciones del trabajo, del capital, de la industria y del comercio, la in- vencion del telégrafo, las vías férreas, la fotografía, el poder de la imprenta, los adelantos de la maquinaria de guerra, en la navegacion; en una palabra, las comodida- des de la vida y la rápida comunicacion entre los pueblos cultos? ¿Por ventura, es todo ello fruto de la doctrina cris- tiana?

R.—No hay mucha erudicion histórica ni apreciaciones de gran mérito. En cambio se intenta persuadir al vulgo que, supuesta la enseñanza católica, no se habria enten- dido lo que es y vale el trabajo, lo que significa el capi- tal, y tampoco se hubiera encontrado el medio de acortar distancias acelerando por medio del vapor las comunica- ciones, y uniendo á los pueblos en comun inteligencia; lo cual está fuera de buena razon. En primer lugar, el ope- rario y el capitalista se entienden admirablemente cuando ni el operario defrauda al capitalista en las horas y modo

de trabajar, ni el capitalista abusa del jornalero dándole menor estipendio del justo y convenido, ú obligándole á más de lo pactado. Estas obligaciones mútuas se robustecen y aun consagran por la religion, que se impone á las conciencias, que abomina las crueldades y reprueba los excesos. Además, el propietario, siendo buen cristiano, atenderá al pobre mirando aun por su familia; no desechará al anciano por inútil para el trabajo, sino que lo ocupará en cosas pequeñas; no mirará al niño ni á la mujer como resortes de una máquina. A todos los tendrá por hermanos, y ni recogerá avaro la rebusca de los frutos de la tierra, ni la leña inútil, ni el heno, la palma ni el esparto. Hará de todo que en su caridad refleje el cuidado de la Providencia, la cual aparta de la vista del cosechero el grano con que vive la hormiga y sustenta corderos y pajarillos. Entendidos segun este criterio el trabajo y el capital, entrarian por las puertas de nuestras casas una civilizacion dulce y amable, y la libertad de los buenos.

No es razonable la especie de que, practicada la doctrina cristiana, estaríamos sin los maravillosos inventos del vapor y de la electricidad aplicados á las comodidades de la vida. Por el contrario, la moral cristiana, que condena fraudes y lucros excesivos, pondria freno saludable á la codicia del empresario. Se elegirian los terrenos más á propósito para construir las vías de comunicacion: del material y de su inversion se haria lo que Dios manda, sin escasearlo ni adulterar su calidad: no habria malos negocios ni torpes empresas, y tódo contribuiria á dar solidez y hermosura á las obras necesarias. Sin moralidad nada hay que ofrezca seguridades. Puertos, apenas contruidos, derribados; puentes arrastrados á la primer aluvion; vías borradas al desbordarse un arroyuelo. En fin, la empresa rica, el público expuesto á contingencias terribles.

La fotografía está juzgada con haber matado el lápiz y el pincel. En cuanto á las máquinas de guerra, ¡lástima grande no poder inutilizarlas! Si la imprenta fuere eco de la razon y de la justicia, que sea bienvenida. Mas si ha de servir de auxiliar á la calumnia y á la impiedad, mucho ganaria el mundo con aniquilar su poderío.

M.—Al modo que la fotografía acaba con el dibujo y la pintura, así la prensa diaria, arrojando pliegos de papel continuo estampando novedades comunicadas al oído ó por telégrafo, acabará con el libro, desfigurando las lenguas, corrompiendo el estilo y faltando á la gravedad del escritor y al pulso del cronista. No se quieren citas, ni autoridad, aunque sea de meros filósofos; cansa la erudicion y hastía el estudio de los grandes maestros. Si alguna vez se usa de sentencias célebres, tómanse á la memoria ó de autores que han solido traerlas con diferente motivo ó con diverso designio de quien á la sazón las aprovecha. Pocos son los que abren libros en fólío, muy contados los que toman á pecho el complejo de una obra. Así es que se les hace pensar lo que no intentaron con solo extractar un pasaje de sus escritos. Y vá siendo tal el abuso, tal la indolencia literaria y tan culpable el desden hácia las obras magistrales, que para llamar siquiera la atencion del mundo frívolo es menester descubrir con mano ávida los tesoros encerrados, diciendo hasta cómo deben buscarse. Todo cae pronto, porque todo se hace de prisa.

A.—Pasaron para no volver los siglos de ignorancia. Ya se hace la vida de la impresion, vida activa, de ideas y de libertad. Desde el suelto de un periódico hasta las obras científicas, todo muestra el pasmoso adelanto de las naciones. Brillan los talentos, y acabó la vida ignorada de las capacidades. A cada uno lo suyo. No hay celebridad que no tenga su apoteosis. Las revoluciones forman los hombres.

M.—Nada hay más efímero que un despacho telegráfico. En tanto quereis hablar y snblevaros contra la respetabilidad de las ediciones benedictinas. ¿Teneis por abogados de la oscuridad á Eusebio, San Gerónimo, Gennadio, San Isidoro y San Ildefonso, quienes escribiendo *de viris illustribus*, comunicaron su afición á Belarmino, á Fabricio y á Possevino, tal vez previendo tiempos indolentes como los nuestros? Reservado estaba á hombres sesudos, como Dom Cellier, los padres Alejambe y Sotuelo, D. Nicolás Antonio y sus imitadores vindicar la buena memoria de nuestros mayores en ciencia y doctrina. A ellos se debe el legado de ricas noticias que aprovechan los eruditos á la moda, si es que no desdeñan traer á colacion nombres ilustres. Sin duda por ser teólogos no merecen un *accessit* de gracia en el juicio calificativo del tribunal moderno hombres como Soto y Cano, Suarez y Maldonado, ya que sea preciso mortificar el deseo de nombrar, solo de españoles, á cien y cien capacidades, gloria de nuestra patria.

A.—¡Teología, teología! No hablemos de metafísica sin aplicacion.

M.—Quedamos, pues, en que la teología y la metafísica no tienen aplicacion. ¿Ni la tienen la justicia y el derecho? ¿Ni tampoco la moral cristiana? Y por ventura, ¿no sirven ya las lecciones de la historia ni valen para el paso las crónicas ni el arte de gobernar? Pues cuidado que Soto, Domingo, en sus diez libros *De justitia et jure*; Suarez en su obra magistral *Dè Legibus*; Morales y Mariana escribiendo de las *cosas de España*, bien pueden formar en una comision de desagravios; siquiera para imponer silencio á españoles de plazuela. Y no salimos de casa ni de ella sacamos sino la muestra. ¿Qué se nos da en cambio?

A.—¡Qué! Discursos, improvisaciones admirables, literatura amena, poesía, cuanto honra á la humanidad.

R.—¡Bien! ¡Bien por la humanidad! Con derechos no definidos, porque son indefinibles; con fueros sin mérito y

sin nobleza que obligue; ayudados de discursos que entienden los ménos y de improvisaciones que germinan ministros, no hay duda que tenemos asunto copioso para componer dramas, odas, elegías, idilios y ditirambos. No es menester más. Así aparecerá que no entendieron de humanidades Tirso de Molina, D. Pedro Calderon de la Barca, Lope de Vega Carpio ni Fray Luis de Leon, pues que ni se acordaron de honrar á la humanidad, conservando, por el contrario, su afición á la teología y á la metafísica. Será preciso llevarlos ante el jurado, poniéndolos á pública vergüenza en el banquillo de los acusados. Dejémonos de historias. El que la haga que la pague. Declaremos á tales gentes reos de lesa ilustracion. Quien quiera que pise el vestíbulo donde enseñe latin un dómine, ó se presente en las aulas de un Seminario, téngasele por sospechoso de honor á la patria.

A.— ¡Retórica y más retórica! Esto es insufrible.

M.— ¿Ni aun es tolerable la retórica? Sabíamos al dedillo que no lo son la teología y la metafísica, y en orden á historia y letras humanas, ya sabemos á qué atenernos. Pronto hemos de proscribir el buen uso de la lógica, declarando culpable á la razon humana á nombre del racionalismo.

R.— ¿Cómo pronto? Está hecho, y los hechos consumados no tienen vuelta de hoja.

A.— Siguen los insultos delicados, pero sangrientos. Nada de antiguallas.

R.— ¡Cómo! ¿Por ventura puede ser insultado un razonador culto, y á más erudito por el hecho de llamarlo como él quiere ser llamado, á saber, enemigo de las letras divinas y humanas? ¡Pues que conste para gloria de la lógica! Es un insulto calificar de un modo semejante la ilustracion de *A.* Está, pues, con nosotros. Su honra es la nuestra. Quiere lo que nosotros queremos. ¿Qué revela tal conducta, conversion ó imbecilidad?

A.—Ni lo uno ni lo otro. Revela dignidad, revela noble fiereza.

R.—Perfectamente. Quien ha logrado desvanecer la despreocupacion del libro y del maestro, la rutina de las tradiciones, la enseñanza de la antigüedad, lo divino y lo humano, bien puede sin contradiccion ninguna aplicar á la conciencia humana el invento de que lo bueno y lo malo, lo injusto y lo justo, las artes, la belleza, la honradez y el carácter han cambiado de naturaleza y de rumbo. Esperemos la revelacion de tan pasmoso descubrimiento. ¡Tal vez pueda relacionarse este suceso con el de la invencion del derecho nuevo! ¡Bueno es esperar! Cómicos y locos. Buena compañía!

¡Ah Corydon, Corydon quæ te dementia cepit!
(VIRG. BUCOL. Egl. II, v. 69.)

M.—¡Cosas de mancebos! Pocos años siempre fueron malos consejeros.

Por esto diria *Guzman de Alfarache*, ó mejor Mateo Aleman en el romance de dicho nombre.—Terrible ánimo y son veinte años: no hay batalla tan sangrienta, ni tan trabada escaramuza como la que trae la mocedad consigo. Libro I, de la II parte, cap. II.

A.—Chocheces de viejos, digo yo á mí vez. La juventud es el alma del mundo moderno. Las antiguas ideas se arinconaron como arado inútil. *Recedant vetera.....*

R.—¡Palabra disertal Tiene sus ribetes de clasicismo. Todavía hemos de ver al contertulio A. prendado del idilio, y quién sabe si de la triste endecha. Ya va enhilando las ideas á modo de novelista, no obstante su prevencion contra las tradiciones académicas.

M.—Un mozo encopetado es capaz de lucir todos los estilos entonando juntos los aires antiguos con los modernos. Soló que es menester escuela, disciplina, años y más años, oído atento, dócil ánimo, buenos maestros, y *dale*

que dale sobre el tema de analizar y componer, si han de salir cosas de provecho. Primero el hogar, luego la parroquia y cuanto ménos casino, mejor. El hombre de letras y el buen ciudadano se forman oyendo más que hablando.

O formose puer, nimium ne crede colori.....

(VIRG. BUCOL. Egl. II. v. 17.)

. *A.*—¡Eso es! *Dale que dale* con las imposiciones. Daré la vida por defender la libertad de enseñanza.

R.—¡Bravo, bravísimo! Nada más justo que seguir la corriente del siglo. Pues que hay *voluntarios de la libertad*, que haya *voluntarios de la sabiduría*; y á la manera que para lo uno basta un fusil, aunque abruma su peso al hombre libre, también basta y sobra echar á un lado el libro, con él al maestro, y volcada la cátedra, ya tenemos hecho y derecho un voluntario de la ciencia. Por lo demás, la especie de alma que anima al mundo, es digna del mundo animado, ó como dirían los antiguos: Bien está el alma en su armario. Y también decían: la juventud para aprender; la vejez para saber. Verdad es que no llegaron á vislumbrar los tiempos en que sin aprender se sabe; y se sabe tanto más, cuanto más fervoroso se muestra un voluntario de la ciencia. *Ubi multa sunt somnia, plurimæ sum vanitates, et sermones innumeri.* Eccle. c. V. v. 6.

A.—¡Qué malignidad tan sostenida! ¡qué cruelda á lo clásico!

M.—Por Dios que aprende *A.* sin pensarlo ni quererlo. No parece sino un criticon de gorro calado, de calzon corto y con charreteras; solo le falta dar un paso, y lo dará en la primera jugada que salga á su gusto. Capaz es el tiempo de consumir un diamante de cuarteron.

A.—Pero el tiempo no hace fanáticos sino más bien hombres expertos, hombres de corazón.

R.—Agudo va el argumento, y delgada la trama. Se vá cruzando el hilo del discurso con la buena crítica. Cer-

ca está el desenlace, tanto que acabará todo por celebrar lo mismo, mismísimo que se censuraba. No es pobre corazón el que se persuade al cabo de que las tempestades paren rayos.

..... *ingeminant abruptis nubibus ignes.*

(VIRG. *ÆNEID*, Lib. III, v. 109.)

Día de San Andrés apóstol, 1874.

EL OBISPO DE JAEN.



LOS BOSQUES.

II.

Las conclusiones sentadas en nuestro anterior artículo, nos instan á darles apoyo y confirmacion con algunas reflexiones; que no es bien confiar asuntos, que no son de fé, á la del lector, pudiendo esclarecerlos y atestiguarlos cumplidamente con la razon y la experiencia.

Vamos pues hoy á proseguir nuestra tarea, patentizando las influencias que señala en los bosques la cosmología de los países.

Realmente pocas naciones exigen un respeto más cumplido hácia los árboles que nuestra España, cuyo suelo, quebrado por hondas cortadas y pendientes formidables, requiere el potente freno de la vegetacion leñosa para moderar y contener la accion robusta y avasalladora de la erosion. Gran pirámide la península, con rápidas pendientes hácia los mares, necesita la defensa de los bosques; sin embargo de esto, poco ó nada se protege la riqueza forestal del país: poco ó nada miden sus beneficios los pueblos, arrastrados en su disfrute por intereses del momento, á los cuales posponen los más respetables del porvenir.

¿Qué es el monte para la gran mayoría de nuestros pueblos? Triste es decirlo, pero es exacto: solo un depósito de maderas y leñas, sin más objeto que la satisfaccion cumplida de sus gustos y caprichos, más bien que de sus necesidades.

La dehesa es un sempiterno recurso, en los pueblos de Castilla

para cortar trampas y enderezar cuentas municipales; en vez de finca fomentada y aprovechada segun la *posibilidad* rigurosa, usando el lenguaje de la moderna dosonomía.

Nada más contrario á la existencia de la ganadería y á la prosperidad de la agricultura que ese modo de ser de muchos pueblos españoles. Sin montes no habrá jamás cultivo agrario en prósperas y fecundas condiciones. En la naturaleza no existe un solo detalle sin concierto colocado; y así como las cordilleras y sistemas de montañas son hechos fijos, dependientes de la dinámica terrestre, así tambien la vida de los valles es el resultado y la última consecuencia de fuerzas y fenómenos que se realizan en las regiones altas, verdadero asiento de los árboles. Por eso, cuando el hacha y la tea han llegado hasta las empinadas cumbres, el descuajo ha arrojado sobre los llanos calamidades sin cuento, ruinas y desolacion; que no sin sufrir grandes castigos traspasa el labrador el límite marcado á sus trabajos, ni jamás se verifica que el cultivo agrario viva y se desenvuelva en las regiones alpinas, donde toda precaucion y cuidado se estrellan ánte el empuje de las corrientes y el ímpetu violento de los huracanes.

Y es tan cierto que la tala ha excedido en nuestro país los límites de la conveniencia, que hay sierras peladas y casi inhabitables, donde las acciones hidrológicas se hacen sentir de funesísima manera, provocando á cada paso fenómenos imponentes. ¿Qué son algunas montañas españolas más que un conjunto de cortaduras, de barrancos profundísimos y desnudos, ó cuando más una maraña espesa de raquílicas aulagas, brezos y jaras, con las cuales acabarán forzosamente y en breve plazo, las necesidades del hogar? Milagroso es cómo sufren los habitantes de algunas sierras esos extremados inviernos y esos sofocantes veranos, que arrojaron sobre ellos la imprevision de sus mayores, y su propia imprevision tambien.

Todos los viajeros que han pisado la desarbolada sierra de las Hurdas (Salamanca) quedaron sorprendidos de la miseria y sufrimiento de sus moradores, agazapados como las fieras, durante el invierno en cuevas formadas por los peñascos, y tendidos en verano sobre las pizarras requemadas por un sol abrasador. Inútil es buscar allí el trabajo agrícola continuo, ante las ingratas

condiciones de un suelo sin sombra, que, cuando más, dá centeno á largos plazos; vano es buscar allí recreo y esparcimiento: la vista no descansa en un solo contraste, y el oído no percibe en aquellas rompientes calvas más que el ruido monótono del viento ó el salvaje grito de los condores, que se lanzan á las nubes, como una flecha disparada.

No sirve que las pendientes se escalonen (como han juzgado algunos) ni que se intenten defensas artificiales: una vez talados los montes, pronto el agua de los altos llega aceleradamente hasta la falda de la montaña, socaba las rocas, las arrastra y precipita, barre la tierra vegetal, se alza espumosa, como serpiente irritada con la velocidad y el choque, y cubre y anega, por fin, con imponente estruendo los valles, cuya producción esteriliza. Yo he visto algunas veces á los campesinos de tan desgraciadas comarcas, contemplar desde lo alto de sus chozas, con los ojos llenos de lágrimas, uno de esos parciales y sensibles diluvios, y los he visto seguir también, con mirada triste, sus aperos y ganados, envueltos en el torbellino de embravecidas corrientes.

A ese géneo diabólico que mina nuestros arbolados y despuebla nuestros campos, ni la muerte le ataja, ni los ayes le moderan, ni las lágrimas le conmueven. Cuando los torrentes arrollan las rocas con hórrido son: cuando los templos y las casas se derumban; cuando las mujeres huyen espantadas de entre las ruinas, y los niños lanzan gritos de dolor, y los ancianos perecen, él busca otras laderas y otras cimas que talar é incendiar, indiferente á los gemidos, á las imprecaciones y á los lamentos de sus víctimas.

La tala siempre lleva á las vertientes iguales efectos. El distinguido autor de los *Resúmenes de la flora forestal española*, dice, ocupándose de la vegetación leñosa de la provincia de Lérida: «Las talas de los montes de la orilla izquierda de la Noguera-Palleresca han producido la formación de algunas *torrenteras*, cuyos acarreos han torcido el curso del río en varios puntos, resultando curvas muy forzadas y arrastres de las sierras de la orilla derecha; la población de Sort se ve ya amenazada por las inundaciones.»

A este mismo propósito y para atestiguar, más y más, la importancia de los bosques, bajo el punto de vista de los torrentes

y acarreo de las tierras. vamos á copiar aquí lo que escribía la autorizada pluma de Carlos Comté, poco despues de aquella época terrible de sangre y de trastorno para la Francia. Las fuertes lluvias, decia Comté, al caer hoy sobre algunas de nuestras descuajadas montañas arrancan con horrible estrépito las rocas, las casas y cuanto hallan á su paso, para depositarlo con furia en las poblaciones de los valles, que sobrecogidas ante tales desastres, se imaginan que el infierno se desencadena para castigar las impiedades de la revolucion.»

Esta influencia de la tala en la aparicion de los torrentes, con estar poco ó nada extendidas por España ciertas ideas, va alumbrando sin embargo, la mente de algunos labradores, y adquiere sancion en las costumbres de ciertos pueblos españoles. En nuestra Sierra-Nevada forman ya bosques las gentes del país en las escarpaduras y violentos tajos, con el arbusto llamado allí *rasca vieja* (Ad. decorticans. B.) para moderar y contener el arrastre de las tierras.

Y es que despues de un descuajo sin ejemplo, el génio de las ruinas se sienta ya sobre las elevadas rocas de muchas cordilleras españolas, á reposar del ardor y el cansancio de una lucha sin tregua; y arrepentido y triste, arroja á lo más hondo de las simas el hacha con que segó tantos troncos, y la tea que los redujo á cenizas, ahogando la vida un tiempo vigorosa en los extremos de mil hojas y en la sávia que nutría y bañaba las celdillas de tantos y tan diferentes tejidos. ¡Cuántas desgracias, sin embargo, y cuántos males antes de lucir en algunas de nuestras sierras la aurora de un feliz renacimiento forestal.

Pero es bien que nos fijemos ahora en la cuestion técnica, objeto esencial de este artículo. ¿Ejercen los montes influencia benéfica en la temperatura de las comarcas, en la evaporacion y condensacion de las aguas? ¿mejoran los suelos, y destruyen ó aminoran la impetuosidad de los vientos? Examinemos, una por una, estas importantes cuestiones.

Se comprende, desde luego, que la masa leñosa es un obstáculo para que los rayos solares obren sobre el suelo, calentándole; puesto que siendo el aire diatérmico para los rayos directos del sol, estos llegan al terreno con gran potencia calorífica. Pero si durante el dia la vegetacion arbórea se opone á una eleva-

cion de temperatura en el suelo, durante la noche le abriga, impidiendo la irradiacion al espacio. Es verdad que las copas de los árboles por su irradiacion enfrían las capas de aire en su contacto, pero no es ménos cierto que el vapor que estas condensan, con su calórico latente, equilibra el enfriamiento. Esto hace que el tránsito de temperatura del día á la noche sea insignificante en los terrenos poblados, permaneciendo casi inalterable la média del suelo y la de la capa inferior del aire.

Análogamente modifica la vegetacion las temperaturas extremas de verano é invierno, como es fácil demostrarlo. En verano los bosques abrigan el suelo, impidiendo, sobre todo durante la noche, la irradiacion al espacio. Las copas, á su vez, enfrían la capa de aire que permanece en su contacto; de modo que, en el verano, la vegetacion refresca el suelo y la capa inferior del aire, cuando la accion de los rayos solares es intensa.

¿Qué se hace, pues, de esa cantidad de calor que las copas de los árboles impiden llegar al suelo? Algunos han supuesto que residia en la capa de aire que descansa sobre la vegetacion; suposicion claramente absurda, pues supone una trasformacion de la radiacion luminosa en calorífica, que no puede verificarse, puesto que el suelo no se calienta. Lo que hay de verdad es que los rayos caloríficos, que no llegan al terreno, son absorbidos por la vegetacion, empleándose en el trabajo de descomposicion y en el preciso cambio de la sávia ascendente en descendente.

En invierno las temperaturas extremas se hallan tambien modificadas por el arbolado, aunque no tan marcadamente. La vegetacion abriga en esa estacion el suelo, y se opone, en parte, á su enfriamiento por irradiacion. A su vez y como el trabajo organizador de las plantas es entonces lento, estas no absorben tanto calor, y este, quedando libre, se emplea en elevar la temperatura del aire que rodea las copas.

De todo esto resulta claramente que los bosques modifican poco la temperatura média, disminuyendo la máxima y elevando la mínima. El arbolado suaviza en consecuencia el clima. Los bosques regularizan además la evaporacion, como es sencillísimo probar. El suelo de los montes retiene por bastante tiempo la humedad, á pesar de la que pierde por la absorcion de las raices y la exhalacion de las hojas. Esto se explica fácilmente al observar

que la capa de aire aprisionada por la vegetacion se renueva difícilmente, efecto de la resistencia que le opone el follaje y de la temperatura baja del suelo. La capa en cuestion, permaneciendo estacionaria, llega presto á su estado de saturacion, impidiendo entonces que la evaporacion prosiga.

El arbolado produce, pues, la evaporacion lenta; esto es, la regulariza, y como la condensacion es directamente proporcional á la evaporacion, aquella quedará tambien regularizada en los terrenos poblados, favorecidos por lluvias periódicas, moderadas y regulares, de utilísimos resultados en la agricultura y en la higiene.

Que es de todo punto indudable la correlacion y enlace que tienen el estado del suelo y la cantidad de agua llovida, lo confirma y patentiza la observacion, á más de la interpretacion teórica, segun acabamos de ver. En los llanos de Salamanca y Valladolid, generalmente áridos y pelados, la lluvia anual estan escasa como indican estos números:

Salamanca	274 ^{mm}	correspondientes á 73 dias.
Valladolid	327	id. á 86 id.

Adviértese la misma penuria de agua pluvial en los desarbolados campos de la Mancha, segun lo acusan los siguientes guarismos:

Albacete	233 ^{mm}	correspondientes á 52 dias.
Ciudad-Real	371	id. á 61 id.

¡Imposible parece que con tan pequeña cantidad de agua broten plantas en tan secas llanuras, y fuentes y arroyos, y vida, y animacion y colores en la primavera!

Así se comprenden y explican la tristeza y languidez que, aun en la estacion más rica, variada y hermosa del año, se observan en la descuajada planicie central de España, siempre sedienta, agrietada y endurecida, ó cuando más regada por perezosos arroyos ó pasajeras nubes, de cuyas entrañas caen, como otros tantos suspiros dolorosos, algunas gotas de agua, que la tierra abrasada devuelve bien pronto á lo alto en forma de nubes y que el viento bullidor y alborotado zarandea, desbarata, ó despide y encamina á otro lugar, en vertiginoso remolino.

No solo hay estrecha relacion entre los montes y la cantidad de agua pluvial, sino tambien entre los mismos y la abundancia

de corrientes superficiales. Los montes alimentan los cursos de agua, y la presencia de esta favorece la vegetación; la una y los otros tienen á su vez una marcada influencia sobre la temperatura y la salubridad del aire. M. Rougier de la Bergerie equipara las expresiones *aguas y montes*, y se expresa en estos términos: «La cuestión de aguas es la cuestión de bosques: el hombre de este siglo halla la comprobación de este principio en la carta de Cassini. Ella manifiesta, más cumplidamente que todos los libros, el inmenso cambio que ha sufrido el suelo de la Francia en el corto espacio de un siglo: hé ahí el documento acusador de nuestra indiferencia y de nuestra ignorancia. Cassini trazó sobre su carta todos los montes, collados, fuentes, ríos y arroyos de Francia en su época. Si se hace el cotejo de ese mapa con los actuales en que se figuran y detallan los bosques y aguas existentes, la diferencia inspirará ciertamente á todo verdadero francés un saludable aborrecimiento hácia los que han perpetrado tantos y tan grandes desastres vegetales, sobre el suelo, en otro tiempo fértil y ameno de la patria.»

Esa solidaridad de influencias entre los montes y las aguas había decidido sin duda á los romanos, más cuerdos que nosotros en este punto, á reunir la administración de ambas riquezas:

Pero no cesan aquí las utilidades físicas de los bosques: mejoran también los suelos, y la historia de las estepas rusas, convertidas hoy, parte de ellas, en frondosos montes, prueba cumplidamente este aserto:

Y no se crea que es Rusia la única nación que presenta ejemplos capaces de atestiguar el influjo de los montes en el mejoramiento de los terrenos: España y Francia ofrecen al observador hechos mil, que abonan esta misma verdad. ¿Qué fuera de la región N. O. de la provincia de Segovia, dice Schulz, cubierta de arena tan fina como la del mar y tan blanca como la nieve, si el pino marino no abrazase con sus raíces y acrecentase con sus despojos aquel suelo árido de por sí, y de por sí incapaz de verdor y lozanía? ¿Qué fuera de las *dunas* del golfo de Gascuña, triste é inmensa superficie de 75 leguas cuadradas, que marchaba, en otro tiempo, juguete de los vientos, enterrando campos, pueblos y montes? A este propósito véase con qué rigor técnico y bella forma tiene explicado el Sr. Perier, y en esta misma Revista, el

efecto de esos hermosos bosques debidos al talento de Mr. Brimontier y al celo y pericia de la Administracion forestal francesa: «Aquellos bosques artificiales, de árboles sábiamente elegidos, han ido avanzando hácia el mar y deteniendo ante su espesa enramada el huracan y las arenas. Antes avanzaban estas cada vez más adentro, llevando delante de sí la esterilidad y la tristeza. Mas la ciencia y el trabajo rechazaron un dia al huracan y fijaron en el suelo la movediza arena, haciendo caer encima una benefícosa capa de mantillo, que anualmente se reproduce y acrecienta; que da nutricion á la raiz del árbol mismo de que procede; que fomenta á su pié el pasto de los rebaños, y que atrae á estos á disfrutar del nuevo alimento y del nuevo abrigo, en cambio de lo cual con más rico abono apresuran ellos á su vez la obra de la naturaleza y el arte, en aquella region, valerosa y tenazmente redimida de la injuria de los elementos» (1).

Los bosques, por fin y para terminar, con sus influencias cosmológicas, evitan los efectos de los vientos fuertes. Es tan patente y clara esta influencia del arbolado, que ha motivado una excepcion en el aprovechamiento regular de ciertas zonas, llamadas de defensa, en las grandes cordilleras.

Es un principio de sana selvicultura plantar en los limites de los montes, árboles capaces de resistir el ímpetu de los vientos. Estos árboles no deben cortarse jamás, para impedir los daños y los desastres en las masas interiores, y en las poblaciones.

De todo lo dicho aparece claramente la importancia social de los montes. Sus influencias físicas separan la propiedad forestal de todas las demás, y su lento desarrollo exige precaucion y prudencia sumas en el disfrute.

La renta de los montes no es análoga á las demás del Estado, y su aprovechamiento no debe basarse, como pretenden algunos economistas, en las necesidades del Tesoro.

La ciencia económica, si ha de ser ciencia, no debe conducirnos á no ver más que oro en las cuestiones ménos materiales, no debe ofuscarnos hasta el extremo de reducir á cifras la grande y maravillosa obra de Dios.

ANTONIO GARCÍA MACEIRA.

(Se continuará.)

(1). Núm. 2.º de LA DEFENSA DE LA SOCIEDAD.—Defensa de la propiedad y de las personas en despoblado, por D. Carlos María Perier.

SECCION HISTÓRICA



PASEOS HISTÓRICO-ARTÍSTICO-LITERARIOS POR TOLEDO.

XVII Y ÚLTIMO.

Así como no hay poblacion que deje de contar entre sus hijos alguno ó algunos que, habiéndose distinguido por crímenes de mayor ó menor cuantía, la han obligado á ocultarse el rostro, avergonzada de haberlos dado á luz, de igual manera no falta ninguna que pueda ostentar en cambio alguno ó algunos que, habiéndose hecho notables por su santidad, por sus proezas ó por su ciencia, le sirvan de preciado ornamento, y sean su más lustroso blason. Y si esto pasa con toda poblacion, por insignificante que sea (y corriendo un velo ahora sobre el primer supuesto, que harto abatida y acongojada se halla en la actualidad Toledo, madre otro tiempo tan fecunda, para que vayamos nosotros á aumentar su aficcion en este momento), ¿qué no sucederá al tratarse de la antigua corte de los godos y posteriormente de los Reyes de Castilla; de la ciudad de los concilios; de la metrópoli de la Iglesia española; suelo regado con la sangre de innumerables mártires; plantel de sabios y artistas; núcleo, en fin, de la civilizacion, de la industria y del trabajo?... En la imposibilidad de detallar sus glorias todas en todos esos terrenos, contentémonos con apuntar aquí un breve catálogo de los nombres distinguidos con que se conocen algunos de sus más célebres hijos, reservando para pluma más competente y desocupada el emprender un trabajo completo acerca del particular trabajo; que honraria sobremanera no sólo á la poblacion de que venimos tratando, sino también á la persona que lo tomase á su cargo. Y prescindiendo de los santos Ildefonso, Leocadia, Obdulia, Gumersindo y otros, y el bienaventurado D. Gonzalo Ruiz de Toledo, conde de Orgaz; del rey D. Pelayo, y mil y mil más, vamos á trazar ahora un

CATÁLOGO ALFABÉTICO

DE ALGUNOS DE LOS MÁS CÉLEBRES ESCRITORES TOLEDANOS.

- Alejo Venegas de Busto.
Alfonso Alvarez de Toledo.
— de Andrada.
— de Castro.
— de la Fuente Montalvan.
— Gomez.
— de Narbona.
— Pérez de Lara.
— de Pisa.
— de Prado.
— de Rójas.
— Salmeron.
— Téllez de Meneses.
— de Villadiego.
— de Villégas.
— de Záyas.
Alvaro Gutierrez de Torres.
Andrés Cenon.
Angela Sigea de Velasco.
Antonio Alvarez de Alcocer.
— de Cobarrubias.
Baltasar Elisio de Medinilla.
— Gómez de Amescua.
— de Sotomayor.
Bartolomé Diaz de Encinas.
— Melgarejo.
Bernardino de Sandoval.
Bernardo Venegas.
Blas de la Serna.
Blasco de Garay.
Cosme de Palma Fuentes.
Cristóforo de Rójas.
Diego Alvarez de Paz.
— de Covarrubias.
— de la Fuente Hurtado.
— Hurtado de Mendoza.
— López de Ayala.
— Lopez de Toledo.
— de la Madre de Dios.
Diego de Narbona.
— Navarro.
— Pastrana y Sotomayor.
— de Salazar.
— Sánchez de Vargas.
— Vázquez de Contreras.
— de la Vega.
Dionisio Vázquez.
— Vázquez.
Estéban de Palma.
— de Villalobos.
Eugenio de Manzanas.
— Martinez.
— de Narbona.
— de Robles.
Fernando de Alcocer.
— Diaz Patermano.
— de Mena.
— Suárez del Castillo.
Francisco de Cepeda.
— Farfan.
— de Fuensalida.
— de Guzman.
— Hernández.
— de Leon.
— López Teran.
— Nuñez de Cepeda.
— Ortiz Lucio.
— Pérez
— de Pisa.
— Rades de Andrada.
— de Rójas.
— de Rójas.
— de Sosa.
— de Úbeda.
Francisco de Vergara.
— de Villalpando.
Gabriel de Valdes y Sarasola.
Garcilaso de la Vega.
Gaspar Fernández.

- | | |
|--------------------------------|---------------------------|
| Gáspar de la Fuente. | Luis de Benavente. |
| — de Ribadeneyra. | — Carduchi. |
| — de Villaochaga. | — Gaitan de Vozmediano. |
| Gregorio Fernández de Velasco. | — Gómez. |
| | — Hurtado. |
| Jerónimo Roman de la Higuera. | — de la Palma. |
| — de la Rua. | Luisa Sigea. |
| José de Valdivielso. | |
| Juan de Angulo. | Manuel de Nájera. |
| — Bautista de Loyola. | Marco de Sepúlveda. |
| — — de Villalobos. | Marsilio Vázquez. |
| — Fernando. | Martin Alfonso Vivaldo. |
| — Fragoso. | Melchor de Santa María. |
| — de la Fuente. | |
| — Gonzalez de Mendoza. | Pedro de Alcocer. |
| — de Guevara. | — Chacon. |
| — de Horozco y Cobarrubias. | — de Herrera. |
| — López de Úbeda. | — Jiménez. |
| — Luis de la Cerda. | — Martínez de Brea. |
| — de Luna. | — de Navarra. |
| — de Melo. | — Pantoja de Ayala. |
| — de Mora. | — de Reynosa. |
| — de Narbona. | — de Ribadeneyra. |
| — Pérez. | — de Rójas. |
| — Ramírez. | — Ruiz de la Visitacion. |
| — de Rójas. | — Salazar de Mendoza. |
| — de Rójas. | — Sánchez de Arce. |
| — de Rójas. | — Vázquez Belluga. |
| — Ruiz de Herrera. | — de Uceda Guerrero. |
| — Ruiz de Santa María. | |
| — de Santiago. | Rodrigo Cota. |
| — de Silva y Toledo. | Sancho de Moncada. |
| — de Toledo. | Sebastian de Cobarrubias. |
| — de Vergara. | — Jiménez. |
| Lorenzo de Ayala. | — de Horozco. |
| Luis de Alvarez. | |
| — Belluga. | Tomás Hurtado. |

Al acabar de consignar, para perpetua memoria, el nombre de algunos de los muchos notables escritores que vieron la luz en Toledo, no debemos omitir en esta ocasion que dicha ciudad se llevó la palma por espacio de algunos siglos tocante á la pureza en la diccion del habla castellana, habiendo sido además una de las poblaciones de nuestro suelo en que, á pesar de hallarse situada en el riñon de la Península ibérica, primeramente penetrára el inestimable invento de Guttemberg.

Ya indicamos en nuestro artículo anterior que el arte de la sedería y el de la armería fueron de los que más celebridad alcanzaron en esta ciudad, por efecto de los muchos talleres y de los notables trabajos que en ambos ramos produjeron sus respectivos maestros: ahora nos cumple probar nuestro aserto diciendo por lo que atañe al primer supuesto, que Damian de Olivares, en su Memorial dirigido á Felipe III en 1620, aseguraba como en el reinado anterior se ocupaban en las manufacturas de seda de esta poblacion nada ménos que 38.484 personas; y que tanto en la Catedral primada cuanto en otras muchas iglesias de dentro y fuera de nuestra nacion, y especialmente en América, existen todavía riquísimos ternos hechos de una sola pieza, que con razon sorprenden á los inteligentes; y por lo que respecta al segundo, que hace más de veinte siglos eran celebradas ya las espadas toledanas por el poeta Gracio Falisco, contemporáneo de Ovidio, en su poema *De Venatione*, habiendo merecido en el pasado (1762) que el famoso Palomares esculpiera y delineara noventa y nueve marcas de los armeros más renombrados de esta ciudad, con expresion de sus nombres y apellidos, de cuyo curioso trabajo poseo un ejemplar.

Al decir nosotros que «el arte de la sedería y el de la armería fueron de los que más celebridad alcanzaron en esta ciudad,» ya se deja comprender que no fueron los únicos que se ejercieron en dicho suelo, pues, en efecto, el de la platería, pañería, papelería y otros, tuvieron tambien cultivadores en esta localidad; por más señas que Toledo fué una de las primeras poblaciones de nuestra España dedicadas á la industria de la fabricacion de papel, como ya se echa de ver por una Ordenanza real, dada en Valladolid por D. Juan II á 22 de Junio de 1442, en la que se lee, al tratarse de esta manufactura, la siguiente cláusula:

«Cada resma de papel toledano, é de lo de Barbadillo, por ciento é diez maravedises, é cada mano de ello á seis maravedises (1).»

Empero el haberse ausentado la córte de esta capital, por una parte; el abandono é indolencia propia de sus habitantes, por otra, y sobre todo el haber sonado en el reloj de la Divina Providencia

(1) Cit. por el P. Fr. Liciniano Saez, en su *Apéndice á la Crónica de don Juan II*, pág. 109.

la hora ineluctable marcada para cumplirse en ella el destino vario que pesa sobre las naciones, ciudades y familias todas del orbe, en fuerza de cuya ley bajan unas á fin de que suban otras, hizo que esta poblacion fuera decayendo poco á poco, hasta el punto de no conservar hoy de su antiguo esplendor más que una sombra de lo que fué, vejetando actualmente al arrullo lisonjero de los grandes recuerdos históricos que le legáran las generaciones pasadas. Así es que el viajero que entra hoy en esta ciudad, y contempla, entre otras ruinas, con el Cantor de Itálica, que

*Este despedazado anfiteatro,
Impio honor de los dioses, cuya afrenta
Publica el amarillo jaramago,
Ya reducido á trágico teatro,
¡Oh fábula del tiempo! representa
Cuánta fué su grandexa y es su estrago;*

y pregunta estupefacto con el Profeta plañidero:

Quomodo sedet sola civitas plena populo?

al ver desiertas sus calles y templos, cerrados sus talleres, decaído su comercio é incultas sus campiñas, no puede ménos de atribuir tan deplorable transformacion á las causas arriba enunciadas.

Pero tal vez parezca exagerada á alguno de nuestros lectores la segunda de las que hemos apuntado (máxime si debe el sér á esta localidad, pues no hay mayor enemigo que el amor propio), en cuyo caso nos creemos deudores de una satisfaccion.

El toledano (ahí que no es nada) Alejo Venégas, en su obra intitulada *Agonía del tránsito de la muerte* (1), dice lo siguiente:

«En sola España se tiene por deshonor el oficio mecánico, por cuya causa hay abundancia de holgazanes y malas mujeres; además de los vicios que á la ociosidad acompañan, con toda la cofradía del número de quien dice Horacio: «No somos para más los baldíos de para aumentar el número de los hombres y comer pan de valde:» los cuales, si no tuviesen por deshonra el oficio mecánico, allende que represarian el dinero en su tierra, que

(1) Punto III, cap. XVI, fól. 69. Toledo, 1537. Reimprimióse varias veces en distintos años y lugares.

para comprar la industria de las otras naciones se saca, excusarían muchos pecados...»

Entre las cuatro máximas que por los años de 1610 propuso á Felipe III el doctor Cristóbal Pérez de Herrera, figura ésta en primer término: «Que se dé orden como se ocupe la gente que anda ociosa en estos reinos, así naturales como extranjeros. Y comenzando por la que anda mendigando fingidamente, hombres y mujeres, niños y niñas, llenas de vicios y pecados, se reduzgan á trabajar en oficios y ministerios de república, y en labores del campo.... y para que se evite la gente ociosa que hay en tanto número de más calidad y ménos comun y ordinaria que la referida... que se elijan algunos caballeros de virtud, calidad, valor y hacienda, para que V. M. les dé oficios de mirar por la república con título de censores.»

El doctor Sancho de Moncada que escribía pocos años despues su *Restauracion política de España*, se explicaba sin rebozo alguno en su Disc. I, cap. XI, de esta manera: «La ociosidad y holgazanería es vicio de españoles bien conocido de extranjeros, y ellos entráronlos por aquí, aportillando el demonio este reino por donde le halló más flaco. Traen todo lo necesario hecho, de modo que no hay ya en que trabajar; y no venir cortado y cosido, ha sido ventura de los sastres.... Y han reducido este pobre reino á lo que los filisteos al de Israel, que para aguzar una reja, hacha ó azadon, era forzoso ir á Filistea. España está hoy tan aragana, ociosa, entumecida, y puedo decir manca y baldada, que es menester ir á lo mismo á otros reinos... Ni escribir podemos sin los extranjeros, pues no hay papel, ni hay lienzo, paños, cuchillos, ni cosa alguna.»

En el año de 1625 hacía el canónigo Pedro Fernández de Navarrete en su *Conservacion de monarquías*, la triste pintura siguiente: «Debe estimarse la ociosidad como causa principal de la despoblacion de España... Y así, siendo pocos los que se aplican á las artes y oficios mecánicos, pierde el reino el útil que pudiera tener en beneficiar tantos y tan aventajados frutos naturales como tiene.» Y más adelante añade: «Despuésblase asimismo Castilla por el poco cuidado y vigilancia que se tiene en castigar vagabundos y holgazanes, de que es infinito el número en estos reinos, siendo esta la causa de haber tantos pobres... En los Pro-

verbios se dice lo que los extranjeros que vienen á España pueden decir de nosotros, que pasan por los campos fértiles, y los ven cubiertos de ortigas y espinas por no haber quien los cultive, habiéndose los más de los españoles reducido á holgazanes, unos á título de nobles, otros con capa de mendigos.» De presumir es, que si el citado canónigo hubiera alcanzado nuestra época, habría añadido por complemento de su lamentacion: *y los más, por su desmedida afición á la EMPLEOMANÍA.* ¡Oh palabra de nuevo cuño, que no ha podido ménos de admitir por último en las columnas de su Diccionario nuestra Academia; palabra asaz expresiva, gráfica y elocuente, y tan retumbante y sonora en tu pronunciacion, cuanto de cómodos y provechosos resultados en tu práctica: yo te saludo por los inmensos beneficios que has traído al pueblo español, pues tú eras lo último que le faltaba para acreditarlo de activo y trabajador!!!...

Y si todavía no basta lo dicho, véase cómo se explicaba don Diego de Saavedra á mediados del siglo xvii, en sus *Empresas políticas*: «Porque en España no se ocupan en las artes, se padecen tantas necesidades; no porque la fertilidad de la tierra deje de ser grande, sino porque falta la cultura de los campos, el ejercicio de las artes mecánicas, el trato y comercio, á que no se aplica esta nacion, cuyo espíritu altivo y glorioso (aun en la gente plebeya) no se aquieta con el estado que le señaló la naturaleza, desestimando aquellas ocupaciones que son opuestas á ella.»

Pero acercándonos más y más á nuestros días, veamos lo que sucedió á mediados del siglo pasado en el suelo toledano con motivo de haber pretendido algunas personas celosas por el bienestar material de esta poblacion restituirle algo de su antigua grandeza. Una de las que más descollaron en este sentido fué el nunca bastantemente elogiado D. Bernardo de Rójas y Contréras, toledano insigne, quien, conociendo á fondo el verdadero porvenir reservado á esta poblacion, que un día consumiera tantos tesoros, y que á la sazón arrastrára una vida cacoquímica y miserable, no soñó, como los proyectistas y arbitristas de los reinados de Felipe III y posteriores, con quiméricas restauraciones, ni pidió á la desacreditada é impotente panacea económica de su siglo remedios empíricos que curasen los males de la despoblacion, de la miseria y de las ruinas de las fábricas de su país, sino que, poniendo

el dedo en la llaga, como suele decirse, se propuso crear una industria que estuviese en armonía con el espíritu dominante siglos atrás en el suelo toledano, y ésta fué, la crianza y cultivo de la morera. Pingües resultados se proponía obtener de dicho proyecto, pues, según su cálculo, demostrado matemáticamente (1), podía ascender el plantío nada ménos que á 1.286,150 árboles, ocupando una extensión de 21.318 fanegas de tierra, por cuyo medio hubiera prosperado prodigiosamente la cria del gusano de seda, y revivido en esta poblacion la fábrica de los tejidos de esta clase.

Mas, ¿para qué ocultarlo? la indolencia fué causa de que no tuviera entónces eco el proyecto salvador de Rojas; y esa misma fatalidad lo ha sido en nuestros días, de no haberlo tenido tampoco el que con iguales miras, aunque en mucho menor escala, concibiera la Sociedad Económica de Amigos del País toledana, al crear dos premios el año de 1846, y á pesar de ofrecer distribuir 4.000 plantones ó moreras de un año, de la clase de las multicáulis ó filipinas, entre los que las solicitaran para plantarlas en terreno propio y que tuviera riego, pues nadie ha respondido á tan loable llamamiento.

En vista de lo hasta aquí consignado, y mucho más que tocante á este particular se nos ocurre, y que en obsequio á la brevedad omitimos, ¿seguirá teniéndose todavía por exagerada nuestra proposicion? Pues en tan inesperado caso, echaríamos la cerradera á nuestro capítulo de pruebas con estos dos refranes, propios de la localidad que estamos visitando: *El agua es suya, y vendémosela nos*; y *¿Es Vd. de Toledo? pescador ó pajarero*; demostrándose por medio del primero de estos dichos, que, hasta un oficio tan sencillo como el de acarrear agua, era ejercido en Toledo en el siglo xvii y siguiente por azacanes franceses, quienes en són de burla, y en fuerza de repetirlo, llegaron á crear semejante refran; y por medio del segundo, que ya está juzgada de poco amante del trabajo aquella poblacion, cuya ocupacion se reduce á la pesca ó á la caza.

Sea como quiera, dirémos para concluir, y lo decimos con

(1) Pueden verse estos detalles en *Los Cigarrales de Toledo*, por D. Antonio Martín Camero, *Ilustraciones*, letra H.

honda pena: No es probable, aunque en manera alguna imposible, que Toledo recupere su dignidad de córte de España; no es imposible, aunque en manera alguna probable, que Toledo vuelva á cobrar su antigua vida social y artística.

Entretanto, bien puede aplicarle el viajero que va á visitar sus ruinas, la siguiente calificación, guardadas las proporciones debidas, que á Lamartine mereciera el Mar Muerto: «Este mar es hermoso; alumbra, inunda con el reflejo de sus aguas el inmenso desierto que cubre; atrae la vista, agita el pensamiento, però está muerto; en vano se buscaria movimiento y ruido en sus aguas, que, harto pesadas para ser impelidas por el viento, ni se arro-llan formando olas sonoras, ni con la blanca faja de su espuma juguetean entre los guijarros de sus orillas: es un mar petrificado (1).»

JOSÉ MARÍA SBARBI.

CRÓNICA Y VARIETADES.

LA ORACION.

(FRAGMENTO DE UN LIBRO INÉDITO.)

Ya ocultó el sol su faz en Occidente;
brilla en el cielo el ástro vespertino,
y la campana del cercano templo
nos llama á la oracion.

—Reza, hijo mio.

«El ángel del Señor dijo á Maria:
•Por Dios tu puro seno está bendito;
carne tomará el Verbo en tus entrañas;
madre y virgen serás.»

—Reza, hijo mio.

«La Virgen prosternóse reverente,
y con humilde voz al ángel dijo:
«Yo soy la esclava del Señor, y cúmplase
en mí su voluntad.»

—Reza, hijo mio.

«El que formó los mundos y los cielos,
el que no tendrá fin ni hubo principio,
por nuestro amor se hizo hombre, y dió su vida
en afrentosa cruz...»

—Reza, hijo mio.

«Haz; oh Señor! que así cual conocemos
la encarnacion bendita de tu Hijo,

(1) *Voyage en Orient.*

por su pasion y muerte dolorosa
gocemos de su gloria en el empireo.
¡Oh Virgen pura, de salud venero;
por la hora dichosa en que el espíritu
de Dios sobre tu seno descendiera,
benedicidnos, Señora, benedicidnos. »

Así dice la madre, y reverente
la piadosa oracion repite el niño;
mira á su madre y á los cielos mira,
tal vez buscando en los confusos giros
de las ligeras vagarosas nubes,
del arcángel Gabriel, nuncio divino,
la blanca vestidura y la aureola
que orna su frente con celeste brillo;
y soñando en el cielo, en el regazo
de su madre, feliz duérmese el niño.

Ante el hermoso cuadro que presenta
la madre orando con su tierno hijo,
cuadro de seductora poesía
digno de los pinceles de Murillo,
el esposo á la puerta de la estancia
se detiene turbado y conmovido.
¡Tambien su buena madre le enseñara
piadosas oraciones cuando niño,
y tambien se elevaba hasta los cielos
como ángel puro su infantil espíritu!
Tambien de las campanas comprendia
la misteriosa voz, y eco bendito
hallaban en su alma, que piadosa
sabia responder á sus tañidos.
Mas ¡ay! que largos años han pasado
de indiferencia y de culpable olvido...
La copa del placer apuró en ellos;
¡y qué halló al fin?... Dolor, cansancio, hastio.
La duda siempre, cual espectro horrible
siguiéndote dó quiera, de continuo,
hielo en el corazon, hielo en el alma,
triste el presente, el porvenir sombrío.
Mas ahora, ante el cuadro que presenta
la casta esposa orando con su hijo,
la olvidada oracion vuelve á sus labios,
siente un placer consolador, dulcísimo;
y así como el sediento caminante,
al hallar un arroyo cristalino,
se refrigera en él y aliento cobra,
así tambien el celestial rocío
de la fé, sin la cual no hay luz ni dicha,
dá vida nueva á su cansado espíritu.
La misteriosa voz de las campanas
halla en su corazon eco bendito;
*la olvidada oracion vuelve á sus labios,
siente un placer consolador, dulcísimo;*
jamás los que llamara un día goces
le causaron placer tan peregrino.
Una lágrima brota de sus ojos...
¡Oh llanto bienhechor, llanto bendito!...
Gozoso su ángel bueno, en copa de oro
para mostrarlo á Dios lo ha recogido.

JOSEFA ESTEVEZ DE G. DEL CANTO.

